

La resignificación tardía y definitiva del mundo mítico heleno y romano en el De Trinitate de Agustín de Hipona.

Mendoza y José María Felipe.

Cita:

Mendoza y José María Felipe (2013). *La resignificación tardía y definitiva del mundo mítico heleno y romano en el De Trinitate de Agustín de Hipona. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/43>

La resignificación tardía y definitiva del mundo mítico heleno y romano en el *De Trinitate* de Agustín de Hipona

José María Mendoza

U. N. Cuyo – CONICET

josefelipemendoza@hotmail.com

Resumen: En el marco de la patrística latina Agustín de Hipona figura en una posición diferenciada en relación con los anteriores padres de la Iglesia. Esta singular posición que le cabe al Hiponense constituye un juicio histórico enraizado en la disparidad de comentarios a lo largo de la Edad Media hasta ser finalmente apropiado su pensar por la orden de los franciscanos ya en el s. XIII. Con anterioridad al santo africano, los padres latinos, y así también los griegos, emprendieron un trabajo hermenéutico de las Sagradas Escrituras resignificando nociones propias de la filosofía latina y griega. En el caso del de Hipona descolla por la manera en la que es llevada a cabo esta labor exegética. *In media res*, el siguiente texto presentará la estructura general de la relación mito – lógos según puede desprenderse de los primeros cinco libros del *De Trinitate* en forma dinámica. Esto es, desde el mito - lógos greco - romano al propio del Cristianismo.

Palabras claves: Mito, Lógos, Grecia, Roma, Agustín de Hipona

Agustín de Hipona escribió su obra *Ciudad de Dios* entre los años 412/426 de la era cristiana. La dirigió a Marcelino, hermano de fe¹, con el objeto de que, no sólo los torpes de entendimiento, sino también los más avezados, puedan comprender aún más sobre la grandeza de Cristo.² En este marco, como hilo de Ariadna, se suscitarán mil cuestiones diversas, incluso en cada capítulo, porque si “desarticulamos la *Ciudad de Dios* hallamos que es apología de la religión, enciclopedia de la cultura antigua, censo de herejías, hermenéutica de la historia e historia de la filosofía”³. Mas, respecto de la ocasión que aquí nos convoca, y amén de la estructura general de la obra⁴, importa

¹ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 62.

² AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 129 (nota 1).

³ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXII.

⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XIV: Se ha sostenido históricamente como tema central de esta obra la teoría de los dos amores, y sobre ella, el cuidado de la Providencia (p. XV) que, en relación con las acciones de los hombres puede entenderse como el hecho de que “Dios castiga con frecuencia a justos y a pecadores, a unos para probación y a otros para castigo; pero Dios siempre es justo.” (p. XVI)

destacar el contenido de los primeros cinco libros⁵, porque ellos muestran la valoración y resignificación de la mitología pagana en lo que de ella se aproxima a la fe cristiana, ya que podrá observarse la convivencia dialéctica de “dos épocas, la precristiana, israelita y profana, y la postcristiana”⁶. Esto a su vez debe entenderse, y valga ahora como justificación del presente trabajo, como el empalme de dos corrientes de pensamiento, la del hombre de la antigüedad con su ciencia y mitología, y aquella propia de la Edad Media.⁷

Según el fin antes mencionado, el presente texto se dividirá en dos cuestiones. La primera tratará sobre la estructura primigenia mito pagano – mito cristiano, y la segunda, hará lo propio como mito cristiano – mito/logos cristiano. Asimismo la razón de esta división se debe a que en la presente obra agustina “se condensa la ciencia antigua, la filosofía histórica; ella contiene un repertorio acabado de cánticos poéticos y mitológicos, y ella es una biblioteca de historia”⁸.

1. Del mito pagano al mito cristiano

Agustín da comienzo a la obra *De Civitate Dei* con una sentencia moral lapidaria en lo que respecta al mundo que se corresponde con la ciudad terrena. Allí nos dice que “en su afán de dominar, aunque le estén sujetos los pueblos, ella es dominada por su libidine.”⁹ El texto latino se vale del término *libido*, que en Agustín es distinto de *cupiditas* (genéricamente amor impuro) y *concupiscentia* (tendencia sensual).¹⁰ Lo cierto es que la *libido* o placer venereo es colocada como madre de numerosos vicios romanos a la par, quizá, de la soberbia, vicio por medio del cual sentencia pasajes de la Eneida virgiliana, puesto que en este libro se dijo: “perdonar a los vencidos y abatir a los soberbios”¹¹. La clave de lectura agustina es que ello es privativo de Dios y no de los hombres¹², y cuando ellos se vuelven píos o misericordes, no lo atribuyen al Dios cristiano, sino a los dioses de su propia religión.¹³

⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, 1995: 802. Refiriéndose a la “Ciudad de Dios” dice que “los primeros cinco [libros] son la refutación de los que consideran necesario el culto de muchos dioses para la prosperidad de las cosas humanas.”

⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXI.

⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXXV.

⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXI.

⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 62.

¹⁰ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 129 (nota 2).

¹¹ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 62. cfr. VIRGILIO, *Eneida*, 1.6: v. 854.

¹² AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 62.

¹³ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 63 - 64.

Agustín de Hipona cita constantemente la “Eneida” de Virgilio y refiere numerosos textos históricos sobre los avatares de Roma hasta su presente.¹⁴ Así, el comienzo mítico de esta ciudad dado por el poema y los textos sobre su historia militar y política marcan en conjunto el desenvolvimiento de lo que el Doctor de la Gracia irá comprendiendo como la caída inevitable de un pueblo que no podrá salvarse sin su conversión a la fe cristiana; tesis, por lo demás, visible a lo largo de toda la obra, con el matiz de que la conversión es personal, y por medio de ella, cambiar de ciudad, esto es, de la ciudad terrena a la celeste, “porque confusas andan y mezcladas entre sí en este mundo estas dos ciudades, hasta que el juicio final las dirima”¹⁵. Conviene asimismo precisar que el planteo agustino se extiende más allá de las fronteras geográficas de Roma, ya que el autor de la “Ciudad de Dios” razona especulativamente desde la fe y para ello se vale, al presente, de la historia militar y política de Roma, toda ella, a su vez, marcada por su mítica religiosidad.

Es por los cristianos, nos dice, que Roma no ha sido completamente devastada¹⁶, porque la religión cristiana “prohíbe la servidumbre a los demonios con sus nefandos sacrificios”¹⁷ y, en cambio, los dioses paganos, propensos a la ira, la desmesura y la guerra, no establecieron costumbres rectas para los mortales, sino depravadas.¹⁸ En efecto, “sus dioses [los dioses de Roma] no cuidaron de preservar a sus adoradores de los males del alma, ni de los males de la vida, ni de los males morales”¹⁹, sino sólo acusaron a Cristo de cualesquiera de los males y vicios padecidos por la ciudad. Pues, “el haberse tornado la república pésima y disolutísima por el lujo, la avaricia y demás torpes y rotas costumbres, antes de la venida de Cristo, no lo imputan a los dioses [...] sino que lo imputan a gritos a la religión cristiana”²⁰.

Estos dioses, para la teología agustina, o son demonios o invenciones humanas revestidas de un comportamiento demoníaco, que trabajan para que se les tenga por dioses. En efecto, respecto de los demonios “[...] los hechos mismos demuestran con suficiencia que trabajan por que se les tenga y reverencie por dioses y porque se les hagan ofrendas que asocien con ellos a sus adoradores, para que tengan con ellos una

¹⁴ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXXV – XXXVIII (Mitología, Poesía e Historia)

¹⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 126.

¹⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 136 – 137.

¹⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 136 – 137.

¹⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 139 – 140.

¹⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 159 – 160.

²⁰ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 165 – 167.

misma y pésima causa ante el tribunal de Dios”²¹, y esto es porque “sus mismos historiadores [lo de Roma] no han dudado en decir y declarar que la república romana estaba perdida y era inexistente ya antes de la venida de Jesucristo, nuestro Señor”²², ya que “los dioses [...] corrompiendo las mismas costumbres con la autoridad de su mal ejemplo, hicieron que pereciese”²³.

Entre los primeros cinco libros Agustín pasa revista a una enorme cantidad de dioses paganos, comenzando por Júpiter, dios regente del cosmos, su hermana y esposa Juno, Apolo, Neptuno, Minerva, Saturno, Rea, Vulcano, Diana, Latona, Artemisa, Febris, Belona, Marte, las “Furias o Erinias” hijas del Éter (o Urano) y Gea entre otros. Mas, la razón pedagógica del texto apunta a que se entienda que esos dioses son espíritus inmundos y falaces.²⁴ Sin embargo esto no debe interpretarse como el paso de un pensamiento cimentado en el mito a un logos (en este caso cristiano).

Desde el comienzo de la obra, la contraposición parecería ser entre dioses paganos y el Dios cristiano. Pero si se mira con mayor detenimiento, tal oposición es solo pedagógica, porque tiene por fin mostrar que los dioses y los demonios no pueden ser sin un Dios previo (el cristiano) que se coloca como razón suprema de todo cuanto es, destacando siempre su providencia para con los hombres. La cuestión, sin embargo, pasaba por desentrañar esta razón a través de la misma historia pagana, ahora sí, en contraposición con la acción de los cristianos, y mostrar, según el tema tratado, que el Dios de los cristianos siempre favoreció a la humanidad mediante la exigencia de la virtud para que, por medio de ella y de cara a Dios, el varón justo se salvase, porque “ante su tribunal [el de Agustín] pasan las mitologías, la historia, las leyendas, la filosofía, todo. Y él, como juez imparcial, aprueba y reprueba movido más por la verdad que por el capricho”²⁵.

2. Del mito cristiano al mito/lógos cristiano

²¹ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 180.

²² AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 184 – 185.

²³ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 184 – 185.

²⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 268 – 270.

²⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXV.

Aún condenadas como dudosas e inciertas las obras y las palabras de los poetas, principal trasfondo del primer apartado, el mito cristiano no terminaría de vislumbrarse sino por la fuerza del mismo lógos. Por los hechos históricos no podría dirimirse en forma definitiva, ya que la mitología greco – romana, y como ella, cualesquiera de las otras presentes en el mundo antiguo, no podría demostrarse como intrínsecamente falsa. Para que el mito cristiano comenzase a mostrarse plenamente, deberá atenderse primero a la palabra de los filósofos y sabios de la antigüedad. De este modo Agustín abarcará la totalidad del saber del mundo pagano no sólo citando historia militar, política y religiosa, sino incluso el entramado de razones por las cuales este mundo estaba significado como era.

La discusión con los filósofos también podría rastrearse a lo largo de los 22 libros que componen la “Ciudad de Dios”.²⁶ Aquí, sin embargo, quiere mostrarse las razones que da Agustín por las cuales es conveniente entender filosofía y estudiar su historia como paso previo obligado para que el alma quede predispuesta a oír la palabra divina. Entonces, si una razón de la paganidad son las enseñanzas de los poetas, la otra, aún cuando no concuerden en todo, son los filósofos. Agustín declara que no tiene objeto discutir con todos ellos, sino contra los que, a juicio de los paganos, gozan de mayor fama y que, en relación con los cristianos, a veces coinciden con algunas de sus doctrinas, aunque por razones netamente diversas, como son los casos de “la inmortalidad del alma, la creación del mundo por el verdadero Dios y su providencia”²⁷. Y estas son las razones y a la vez las doctrinas filosóficas. Pero estos descubrimientos fueron logrados porque el Dios de los cristianos les prestó ayuda, aunque sus enseñanzas estuvieron pobladas de errores por su orgullo humano ya que “el camino de la religión parte de la humildad y se eleva hasta el cielo”²⁸.

Atendidas y examinadas con sumo cuidado aquellas razones, ahora el mito cristiano, ya viéndose en parte cuando fueron minadas las autoridades de los poetas y ahora con el caso de los filósofos, comienza a aparecer como un fin que se va ahora con mayor nitidez. No es que Agustín menosprecie las autoridades religiosas paganas ni sus reflexiones y máximas racionales en lo concerniente a lo moral, el cosmos y la religión, sino que por el contrario, las atiende con diligencia y arreglo, separando lo que, a juicio

²⁶ San Agustín discute detenidamente en la “Ciudad de Dios” las ideas filosóficas más excelsas, esto es, las platónicas, en el libro VIII.

²⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 127 – 128.

²⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: 144 – 145.

de la fe cristiana, es falsedad de lo verdadero. Y ello no sólo con argumentos de autoridad sino también de razón.

Los filósofos, al tratar temas excelsos, citaron en abundancia la palabra de los dioses y con ella justificaron muchos de sus pareceres. En lo que ellos dijeron no hubo siempre contradicción ni falsedad, y lo que hubo de verdadero fue tomado para gloria del verdadero Dios, porque de Él provienen todas las verdades. Este es el razonamiento general de Agustín y es también la secuencia lógica de haber tratado antes la palabra del poeta y luego la del filósofo. En ambas está presente la religión y sus máximas morales, y en ambos el doctor de la gracia cuestiona los principios del razonamiento mítico y sus consecuencias.

Esta idea anterior quiere expresar el título del segundo apartado y es también el paso siguiente al primero. En efecto, si por el título 1º se expresa el nacimiento mítico de una ciudad, de los hombres y sus costumbres, y en ello, buscando una purificación absoluta de toda sus enseñanzas, Agustín hizo que se viese el mito cristiano, y no hacerlo nacer, porque indefectiblemente éste es anterior incluso al tiempo, entonces por el 2º, lo mítico del cristianismo terminaría de entenderse si se añaden y se aplican las razones filosóficas que muestran la verdadera y primera raíz de la fe en Cristo. Y esto es porque “la cultura griega cundió por todas las regiones del Imperio romano. Roma se tornó el emporio de la ciencia. En aquella ciudad donde anidaban todas las doctrinas, se fingían todas las mitologías”²⁹.

Dicho de otro modo, si el título “del mito pagano al mito cristiano” expresa la purificación del primero por el segundo y la demostración de que el segundo es realmente primero, el 2º título llamado “del mito cristiano al logos cristiano” arguye, con firmes razones míticas (vale decir ahora cristianas) y racionales, que el logos cristiano también se muestra *ab initio*. Y así mito y logos en el cristianismo también se identifican, porque si por mito se entiende la Trinidad y por logos, la sabiduría suya, y en especial por atribución al Hijo, entonces el eje absoluto de la historia es resignificado, colocándolo en el correcto gozne, cual Hijo de Dios encarnado o, llamado también, Jesucristo.

Bibliografía

AGUSTÍN DE HIPONA (1958), *De Civitate Dei*, Madrid: BAC.
AGUSTÍN DE HIPONA (1995), *Retractationes*, Madrid: BAC.

²⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, 1958: XXXIII.